

EDITORIAL

El sobregiro ecológico dejó de ser una advertencia abstracta para transformarse en una realidad concreta. Que Chile haya alcanzado este límite el pasado 7 de mayo, convirtiéndose nuevamente en el primer país de Latinoamérica en consumir todos los recursos que la Tierra puede regenerar en un año, no solo revela una preocupante tendencia ambiental, sino también una profunda crisis en nuestra relación con el consumo, la producción y el desarrollo.

La señal es especialmente inquietante porque el fenómeno no ocurre al finalizar el año, ni siquiera en su segunda mitad, sino antes de completar cinco meses. El mensaje es claro y es que estamos utilizando recursos naturales a un ritmo que el planeta ya no puede sostener. Y aunque el concepto de sobregiro ecológico pueda parecer lejano para parte de la ciudadanía, sus efectos son visibles y cotidianos. Se manifiestan en la degradación ambiental, en la presión sobre los ecosistemas, en el aumento de residuos y en las crecientes tensiones asociadas al acceso a recursos esenciales.

La advertencia planteada desde el Biobío por el director del Centro Eula de la Universidad de Concepción, Ricardo Barra, resulta particularmente relevante porque instala un debate que suele evitarse: el modelo de consumo actual es insostenible. Durante décadas, Chile avanzó hacia una sociedad marcada por el consumo intensivo, donde producir y desechar parece formar parte natural del desarrollo económico. Sin embargo, los datos muestran que aquello tiene

El costo del sobregiro ecológico



El caso de Concepción es un ejemplo preocupante. La generación de basura por habitante supera el promedio nacional, reflejando hábitos de consumo que continúan profundizando el problema.

costos ambientales cada vez más altos y difíciles de revertir.

El caso de Concepción es un ejemplo preocupante. La generación de basura por habitante supera el promedio nacional, reflejando hábitos de consumo que continúan profundizando el problema. A ello se suma que, pese a los avances legislativos y a las iniciativas vinculadas a sostenibilidad, reciclaje o reducción de huella de carbono, los cambios estructurales siguen siendo insuficientes mientras no exista una transformación cultural más profunda.

La discusión ya no puede limitarse únicamente a la protección ambiental. Lo que está en juego también es la calidad de vida, la salud de las personas, la seguridad alimentaria y el futuro económico del país. Persistir en un modelo que agota recursos naturales más rápido de lo que pueden regenerarse inevitablemente terminará afectando el bienestar colectivo.

El principal desafío, entonces, no pasa solo por crear nuevas normativas o impulsar campañas de concientización, sino por asumir que el desarrollo sostenible requiere decisiones concretas y cambios reales en los hábitos cotidianos. Porque, como advirtió el académico de la UdeC, el costo de no hacer nada es demasiado elevado.